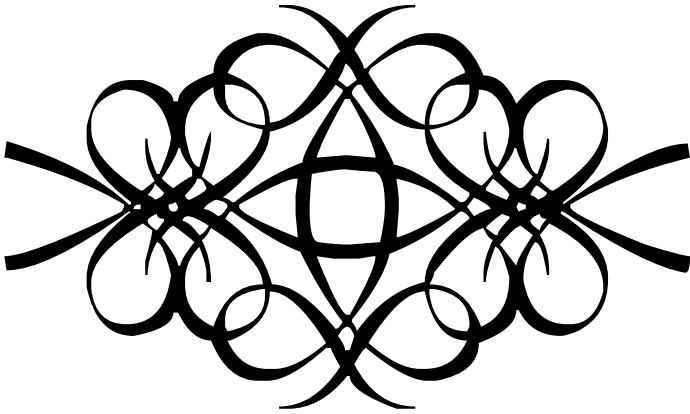


PERDIDO



Perdido

Heather Lee Land

Teléfono: 639.028.196

taolee.org@gmail.com

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@puntorojolibros.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-16513-30-7

Maquetación, diseño y producción:

© 2015 Heather Lee Land

© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

HEATHER LEE LAND

PERDIDO

PUNTOROJO
libros

Para Misha

Índice

1	11
2	31
3	49
4	69
5	81
6	99
7	119
8	133
9	147
10	161

1

—Y, dígame, señor Harper, ¿Piensa usted que esa es la única solución?

—Sí. Mi mujer se ha ido de casa. Estoy solo, viejo y acabado. No existe otra solución.

—Hay muchas, créame.

El hombre, medio calvo y enjuto, levantó la mirada de la moqueta y lo miró. Decir que se tienen muchas soluciones con treinta y pocos años y unas pestañas infinitas era muy fácil. Ojalá fuera igual de atractivo que su psicoanalista, pero para eso tendría que tener veinte años menos y comer regularmente todos los días para volver a tener al menos un par de músculos tonificados en su cuerpo. Nunca había sido un hombre atractivo, y las palabras de su psicoanalista no le hacían especial gracia. Tan guapo, con esos ojos verdes, el pelo castaño bien peinado y sus trajes caros... Así era facilísimo ser optimista y alegre en la vida. Incluso él tendría ganas de vivir con lo que ese hombre podía ganar en un mes. Irritado, contestó mirándole fijamente a los ojos.

—No las hay. Cuando llegue a mi edad ya se enterará de lo que es bueno, señor Trevere.

Alexander frunció el ceño y lo miró fijamente. Otro caso más, otro día más, otra hora perdida más de su existencia. Porque no estaba tratando con una persona que hubiera tenido mala suerte en la vida porque ésta fuera una puta despiadada, sino porque la gente se construía su propio destino. Al final de la vida, cuando ya se tenía más de la mitad del camino recorrido y ya estaban todas las cartas descubiertas sobre la mesa, era más fácil echarle la culpa a la vida y a la mala suerte que a las malas decisiones tomadas.

—No hace falta llegar a su edad para sentirse hastiado, señor Harper. Otros ya se han sentido así antes que usted y en la mitad de tiempo —comentó sin parpadear recordando un par de casos—. ¿No cree que siendo negativo sólo logrará empeorar la situación?

—Ah, ¿pero puede empeorar?

Trevere chirrió los dientes. Odiaba cuando sus pacientes se ponían graciosos e iban de sobrados. Si has ido a la consulta, al menos ten la decencia de querer cambiar. ¿Por qué la gente tenía la extraña costumbre de pensar que él podía cambiar el mundo? Sólo era un tío que escuchaba las miserias ajenas. Nada más.

Cansado de que ese hombre negativo y huraño le amargara la mañana, Alexander se reclinó en la silla y lo siguió mirando.

—Claro que puede empeorar. Usted está sano. Imagínese que tiene una enfermedad terminal, o un virus desconocido del que no existe cura. Estaría solo y enfermo. Yo creo que eso sería mil veces peor.

—Hombre, si nos ponemos así...

Trevere no le dejó continuar.

—Olvida, señor Harper, que hay gente así; sola y enferma. Comprendo que usted no quiera ver el mal ajeno porque tiene bastante con lo suyo, pero siempre hay y habrá gente que esté en peor situación que usted.

Y no se quejan tanto, estuvo tentado a decir, pero no lo hizo. Estaría cansado, pero no era un suicida y le gustaba lo que hacía, aunque en días como hoy lo mandaría todo a freír espárragos y lo echaría del despacho.

—Eso es el mal de muchos, consuelo de tontos —el hombre no se daba por vencido en pensar que la vida había sido injusta con él.

Trevere cogió un cuaderno y un bolígrafo y se los tendió.

—Si es tan amable, hágame una lista de las cosas positivas que tiene estar en su situación.

El hombre lo miró con mala cara.

—¿Una lista positiva? Estoy aquí porque no hay nada positivo en mi vida desde que mi mujer me dejó. ¿Cómo diablos quiere que le haga una lista? ¡Si la supiera no habría venido!

Alexander se levantó, rodeó la mesa y se apoyó sobre el borde en un lateral. Se quedó mirando unos segundos a ese hombre alto, canijo y calvo.

—Enuméreme una lista de cosas que puede hacer ahora que no está su mujer controlándole —sonrió, intentando cambiar las palabras para parecer más agradable—. Seguro que ahora puede ver el partido tranquilo, tirar la ropa por toda la casa y dejar la caja vacía de pizza cuatro días seguidos si quiere sobre el sofá de la sala sin nadie que le esté gritando, ¿cierto?

El hombre asintió. Su mujer siempre había sido una pesada en ese aspecto, con la limpieza y el orden, pero aún así no habría apostado su matrimonio por una caja de pizza sobre el sofá.

—En eso tiene razón, señor Trevere, pero no voy a cambiar una vida con mi mujer por un par de pantalones sucios esparcidos por toda la casa o un par de partidos de fútbol a la semana.

Trevere se mordió el labio. La respuesta era evidente y ese hombre aún así no lo veía.

—Si tan seguro está, ¿por qué no se lo dijo a ella? —dictaminó todo lo serio que pudo—. Según me ha contado, ella no se marchó de su vida porque no le quisiera, sino porque estaba cansada de su actitud. Dígame; si tiene tan claro que prefiere a su mujer antes que a una caja de pizza, ¿por qué no se lo ha dicho a ella? ¿Por qué no ha recogido la caja si tan importante era para su mujer?

El hombre no supo qué contestarle, por lo que Alexander siguió hablando.

—No se puede tener todo en la vida, señor Harper. Todo tiene un precio. Usted ha preferido el desorden, ir a su bola y los partidos de fútbol antes que la compañía de su mujer. La vida no le ha sido injusta; es usted el que no ha sabido escoger —caminó hacia la puerta y antes de abrirla se volvió para hablar de nuevo con su paciente—. Cambiemos de lista. Ahora hágame una donde ponga las cosas positivas por la que le gustaba su mujer, y al lado ponga las negativas. Volveré en cinco minutos.

Alexander abrió la puerta y la cerró tras él con cuidado de no dar un portazo. Ojalá hubiera estado solo, porque se habría dado la vuelta y habría cogido impulso para cerrar de golpe. Pero no podía,

sobre todo sabiendo que al otro lado del vestíbulo su secretaria había levantado la cabeza y lo estudiaba con detenimiento.

—Liz —se acercó hacia la chica morena y la miró fijamente—. ¿Ha llamado alguien?

—Ermmm, sí —tuvo incluso que agitar la cabeza para apartar la visión que se había formado en su cerebro de su jefe con muy poca ropa encima—. Su madre quiere que le llame en cuanto pueda. Su hermano le ha dejado un recado que dice textualmente: “Capullo, respóndeme a mis emails” y su padre quiere hacerle un par de preguntas.

Alexander se mordió el labio inferior. Optó por llamar primero a su madre porque ya sabía lo que quería. Descolgó el teléfono que había sobre la mesa de su secretaria y se sentó en el borde. Liz intentó seguir revisando el documento que tenía delante, pero la presencia de ese hombre tan guapo y que olía tan bien le hacía imposible siquiera recordar cómo se llamaba.

—¿Mamá? —la voz de Alexander cambió de registro haciéndose más suave y amable—. ¿Qué quieres? Sabes que estoy trabajando.

—Sólo quería preguntarte a qué hora vas a llegar el sábado.

Alexander puso los ojos en blanco. El sábado era la fiesta de jubilación de su padre. El doctor Charles Trevere había sido un médico muy importante y de gran reputación en el mundo del psicoanálisis y la medicina en general. Tenía en su haber varios libros escritos sobre psicosis, trastornos depresivos-obsesivos, angustia y autismo, y todos muy bien valorados por sus colegas. Ahora, tras muchos años ejerciendo la profesión, el doctor Charles Trevere iba a dar una lujosa fiesta de despedida el próximo sábado en su casa y todo tenía que salir perfecto.

—No lo sé, mamá. A media tarde.

—No. Tienes que venirte justo después de comer —Margaret echó en el carrito de la compra varias lechugas y siguió buscando por el supermercado más cosas que tenía anotadas en su lista—. Algunos colegas de tu padre que vienen de lejos van a estar aquí muy pronto y necesito que estés para que entables conversación con ellos.

—Habla tú con ellos.

—Son médicos, Alex. Vuestra jerga médica es incomprensible, y mira que llevo toda la vida escuchándola.

Alex sonrió sabiendo que lo que decía su madre era cierto.

—¿Entonces para qué me preguntas a qué hora voy a ir si quieres que vaya después de comer?

—Para ser amable —su madre sonrió como si su hijo pudiera verla. De ella había heredado esa sonrisa grande y franca con esos labios tan carnosos y expresivos. Cuando era un bebé, Alexander tenía unos rasgos tan femeninos que todo el mundo lo confundía con una niña.

—Está bien, mamá. Allí estaré, pero le dices a Julien que vaya pronto también o me largaré.

—Luego se lo digo. He hablado con él esta mañana y está en cama.

Alexander frunció el ceño.

—¿Qué le pasa?

—Se ha resfriado. Ya sabes lo terco que es. Aunque diluvie o nieve, él tiene que salir a correr por el parque.

En eso su madre tenía razón; Julien era su hermano mayor y desde pequeño había sido muy deportista. De mayor se hizo profesor de educación física en un instituto y le gustaba su trabajo. Entrenaba todos los días y tenía un cuerpo envidiable. Alexander solía quedar con él y con otro amigo que tenían en común, Tyler, e iban al gimnasio los tres juntos un par de veces por semana.

—Lo llamaré luego, entonces —Alexander intentó cortar la comunicación con su madre porque aún tenía más llamadas pendientes y los cinco minutos libres que se había tomado estaban terminando—. Te veo el sábado, mamá.

—Adiós. Y recuerda venir después de comer.

Alexander sonrió y cortó la llamada. Luego llamó a su padre, que contestó al segundo toque de teléfono.

—¡Alex! Contigo quería yo hablar —se oyó trastear al otro lado de la línea—. ¿Tú que sistema de organización crees que es mejor para ordenar las fichas de tus pacientes?

—Yo qué sé papá, por apellido, o por casos. No sé. ¿Por qué?

—Como sabes, ahora que me retiro he pensado en escribir un libro resumiendo los mejores casos de mi carrera. Sin poner el nombre real de mis pacientes, por supuesto. Había pensado revisar las fichas de todos y ya de paso, lo ordeno.

—Te aburres, ¿no? —Alexander bostezó, porque su padre siempre había sido muy ordenado y le había transmitido eso a sus hijos, en especial a él, pero de un tiempo a esta parte, la falta de tiempo le había hecho ser más descuidado y su sistema de organización dejaba mucho que desear—. ¿Quieres que te ayude?

—Te lo agradecería mucho —sonrió Charles, no esperando menos de su hijo—. Me he llevado más de cuarenta años atendiendo pacientes y todo está archivado en mi despacho de casa y en el desván. Los apuntes de mis primeros pacientes tienen que estar escritos en papel de papiro por lo menos.

Alexander sonrió. Su padre había empezado su trayectoria profesional allá por los setenta y siempre lo había guardado todo. El despacho y el desván parecían más bien una biblioteca que otra cosa. Ya ni se acordaba de la mayoría de sus pacientes, pero él lo seguía conservando todo.

—Bien. El sábado hablamos y nos organizamos, ¿vale? Te dejo que tengo a un paciente esperando.

—De acuerdo. Gracias, hijo.

Alexander colgó el teléfono y vio que ya era la hora para entrar de nuevo en el despacho. Se despidió de Liz con una sonrisa y caminó hacia la puerta mientras sacaba el móvil del bolsillo del pantalón. Mientras entraba le escribió un mensaje a su hermano: “Me ha dicho mamá que estás enfermo. Como me dejes solo el sábado te mataré, cabeza-buque”.

El resto de la sesión con el señor Harper fue igual de negativa, aunque al final mejoró bastante cuando el hombre comenzó a comprender que la vida no siempre consistía en salirse con la suya, sino comprender que muchas veces las cosas suceden por algo. Ahora empezaba a darse cuenta de que tenía que haber perdido a su mujer para entender lo que había pasado y a dónde le había llevado su actitud.

Cuando salió a las cinco fue directo al gimnasio. Su hermano le había respondido al mensaje que allí estaría el sábado y que se metiera la lengua en el culo. Siempre estaban igual, desde pequeños. Las frases “cariñosas” que se lanzaban casi a diario eran siempre de ese estilo, pero no podía ser de otra manera; Alexander y Julien se llevaban muy bien gracias a que siempre se habían dicho lo que pensaban y si eso incluía llamarse cabeza-buque, pijo esmirriado, teleñeco o llorica consentido, se lo llamaban. Ese era el secreto de la buena relación que llevaban y siempre les había ido bien a lo largo de esos treinta años juntos como hermanos.

—¿Y Julien? —Tyler avanzó hacia su amigo y le dio una sonora palmada en la espalda al verle llegar solo.

—Resfriado. Es una nenaza —Alexander soltó su bolsa de deporte a un lado y siguió a su amigo hacia las mancuernas con las que había estado entrenando.

La espalda y los músculos de Tyler parecían estar tallados en piedra o en algún otro material indescriptible. Eso, unido a los casi dos metros que tenía, hacían de él un verdadero gigante al lado del resto de los mortales. Tal era así que habían tenido que poner vinilos en las cristalerías de la sala de al lado porque desconcentraba a las chicas que hacían aeróbic. Pero él no tenía la culpa de haber nacido con ese cuerpo y tener una personalidad tan sociable y cariñosa. Cuando Alexander lo conoció, también pensó que era gay como él, pero pronto descubrió ya no sólo que Tyler tenía novia, sino que era muy celoso de su vida privada y apenas nadie sabía nada de él en ese aspecto.

—Bueno, entrenaremos sin él —cogió las mancuernas y comenzó a ejercitar los músculos—. ¿Por dónde vas a empezar?

—Voy a hacer bici. No tengo humor para empezar a darme tanta caña como tú —añadió caminando hacia la bicicleta estática que estaba un par de metros de distancia de su amigo.

—Te estás convirtiendo en una almeja.

—Lo que estoy es cansado, y mira que me paso el día sentado en el despacho —Alexander se volvió antes de sentarse en la bici—. ¿Cómo coño haces para estar un turno seguido tras la barra de un bar y luego venir aquí? Te drogas, ¿no? —bromeó—. Tomas uno de esos